

De la Verdadera Vocación a la Historia

"Muerta la verdad la Historia muere" leía días pasados, y en verdad esta frase compendia la legítima vocación a la Historia, que no es vocación de banderías, ni partidismos por nobles que se los considere, sino vocación a la verdad y sola la verdad.

¿Qué es la Historia sino ese deseo de conocer con verdad el pasado humano, ese amor a reconstruirlo en su integridad?

Reúne así la Historia los caracteres de una "nobilísima disciplina" lindera a la ciencia y vecina del arte capaz de apasionar por todo lo que tiene de amable y humana a quienes sienten su auténtica vocación.

Todos los caminos que se abren para el hombre y por los que aspira lograr alguna meta loable deben ser emprendidos con amor, con sincera dedicación. Más en una disciplina como ésta en la que todo interés utilitario debe quedar anulado o al menos relegado: ¿Qué más bello que asomarse al pasado y poder conocerlo en la plenitud de su verdad?

El enfoque dado a los estudios históricos ha variado notablemente a partir del pasado siglo. Sabemos como Berheim distingue tres grados distintos en el desenvolvimiento de la ciencia histórica y, en consecuencia, de la historiografía: la **Historia narrativa**, que tenía por objeto la mera relación de los acontecimientos históricos; la **Historia pragmática** que tendía a extraer del pasado enseñanzas aplicables a la vida del presente; y finalmente la **Historia evolutiva o genética** que tiene su substratum en el desenvolvimiento de los pueblos. Esta última tendencia de la historiografía es la que hoy domina y a ella se hallan supeditadas las demás.

Resulta así que la sola actualización de los hechos del pasado no es Historia. Constituyenla esos hechos siempre que estén íntimamente vinculados a la evolución de la sociedad.

Es preciso, por lo tanto, tener en cuenta que las sociedades tienen sus características, sus tiempos de reacción, de apogeo, de decadencia. La Historia es lo social en su más amplia acepción.

También hay que saber orientarse en el sentido causal. En la Historia hay causalidad y no mero determinismo. La causalidad implica razón y, en cambio, el determinismo supone la negación absoluta de las potencias intelectivo-volitivas que caracterizan y elevan al hombre.

El historiador debe realizar su trabajo a base de documentación, analizarla y juzgarla sin prejuicios, preconceptos o pasiones. Toda afirmación debe estar abonada documentalmente o deducirse del documento por lógica y adecuada consecuencia.

La Historia así realizada suele encerrar un grave peligro para el novel autor: perderse en el detalle, malogrando toda visión fundamental o panorámica. "La investigación de fuentes extravía al historiador" sostienen los dilettanti de la Historia. Y bien, conviene afirmar que en ese no dejarse perder en la maraña de los documentos, en ese saber desentrañar de ellos una verdadera interpretación panorámica o de conjunto está el sello del historiador auténtico.

¿Quiénes son los dilettanti de la Historia? No son otros que aquellos que se mueven entre la Historia y la ficción, los que dan lo menos posible de hechos positivos, prefiriendo la mera descripción que tiene mucho de subjetiva y poco de objetiva.

Varios son los géneros literarios que se sirven de personajes o hechos históricos dentro de los cuales la fantasía juega rol principalísimo.

El drama histórico, por ejemplo, en el que todo poeta se aprovecha de la

labor de investigación del historiador, y a la que luego modifica de acuerdo a su sentir poético. Así Shaw se valió de Mommsen para escribir su "César".

Está también la novela histórica que Goethe llamó una forma mixta de historia y de novela que destruye a ambas.

Estos géneros que por ser más ligeros suelen atraer más a la generalidad de los lectores arrastran a graves peligros, porque al ser creídas las invenciones del poeta surge de esa época o de esos personajes una imagen falsa en la mente del lector.

La veracidad en cambio es algo inherente al historiador como lo es el perfume a la flor. De aquí, que nada vale escribir grandes volúmenes o mencionar centenares de documentos cuando no se sabe o no se quiere diferenciar lo apócrifo de lo verdadero, cuando se escribe con pasión y no se logra amar a los héroes con sus errores y con sus aciertos.

Evidentemente no basta ser un gran erudito para ser un buen historiador. Para esto se requiere además saber ubicarse espiritualmente en las épocas preteritas, saber ahondar en el alma de los hombres o pueblos que hicieron la Historia.

Son muchos los que consideran que el pasarse la vida entre actas o documentando el espíritu en bibliotecas es muro infranqueable para comprender el corazón humano.

Argüir rotundamente lo contrario sería caer en el mismo error de los que así piensan, pero sí es dable sostener que el auténtico historiador implícitamente encierra en sí un psicólogo y un sociólogo, ya que no en vano se dá a la compleja tarea de penetrar en un pasado que fué elaborado por caracteres y mentes humanas.

Es difícil hablar del historiador que se contenta con descubrir tal o cual documento para simplemente tenerlo como un papel antiguo más y que no sabe ver a través de sus líneas la mente que las inspiró, las inquietudes que animaron su pluma.

No consiste, ni consistirá nunca la tarea del historiador en un mero soterarse en las fuentes, sino analizarlas, interpretarlas, para que luego, dándoles conexión, adquieran la realidad de un todo orgánico.

Así entendida la Historia requiere no sólo investigadores capaces de escudriñar archivos, de coleccionar documentos, sino que necesita de verdaderos creadores, hombres capaces de fundirse en el espíritu que dió vida a los hechos del pasado, de hombres con amplia comprensión humana, aptos, en fin, para sentir vivo en sí el bien que la Historia así comprendida puede proyectar.

Cuando así se vive y se escribe la Historia resulta burdo decir que es pesada o fatigosa.

El trabajo del investigador suele reservar para quienes tienen el culto de la Historia momentos de íntimos regocijos, aunque para aquellos que no los han vivido parezcan dolorosos.

Cuando un profano penetra en los templos de la Historia todo le huele a polvo y le sabe a viejo o triste; más por poco que se pudiese a auscultar en el corazón de sus cultores, sabrá de horas de raro encantamiento que unos cuantos legajos suelen deparar.

Ciertamente la labor de investigación no carece de poesía. No en vano la Historia tiene su musa: **Olo.**

Sostiene un distinguido historiador que "quien escribe historia no puede desdeñar el arte de escribir, pues componer historia sin conocer el arte de la composición es muchas veces una dilapidación y siempre es mostrarse indigno de la tarea emprendida".

De donde para hacer Historia hay que saber revivirla y saber expresarla bellamente, pero sin olvidar jamás... que la Historia muere cuando muere la Verdad.